

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

PiNOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 70.

26. ABRIL
1925.



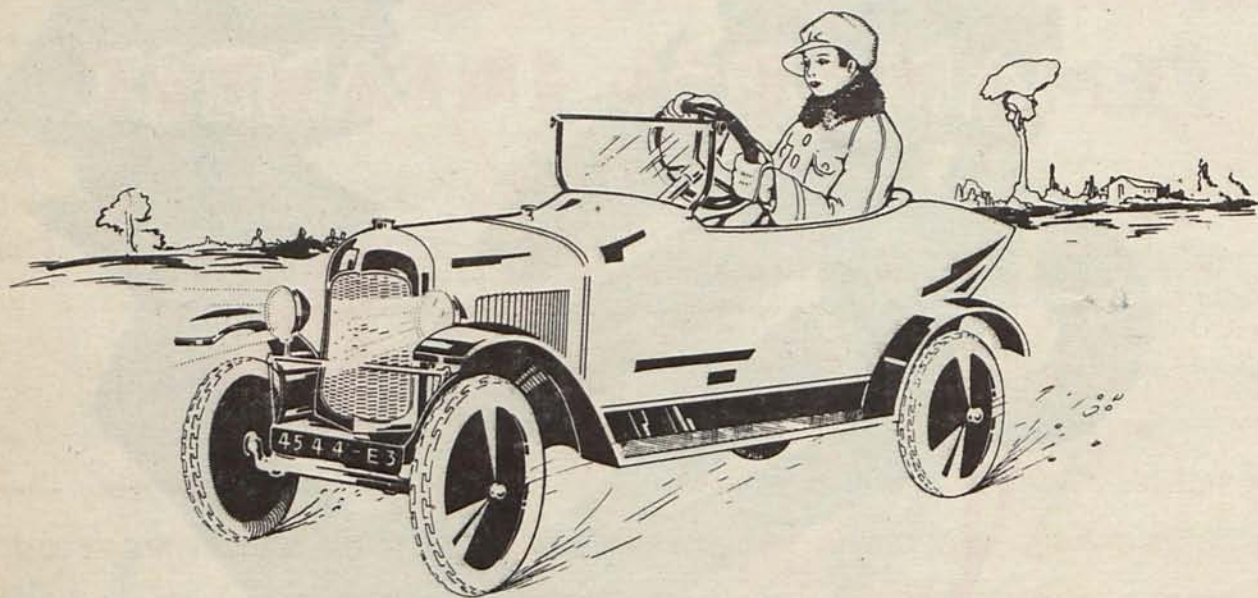
30
Cénts.

Ayuntamiento de Madrid

PINOCHO ES GENEROSO

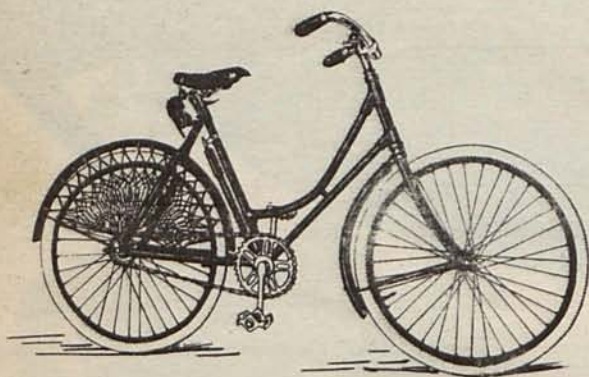
Y REGALA A SUS AMIGOS LOS «PINOCHISTAS» TODOS ESTOS
PRECIOSOS JUGUETES, QUE VALEN ¡5.000 PESETAS!

NO DEJEIS DE SUSCRIBIROS A "PINOCHO" HOY MISMO



Dos colosales automóviles «Citroën».

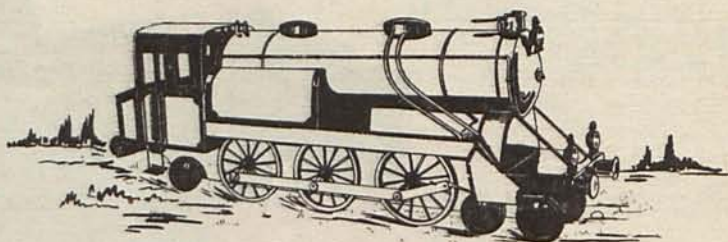
Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



**Dos estupendas bicicletas para niño
o para niña.**



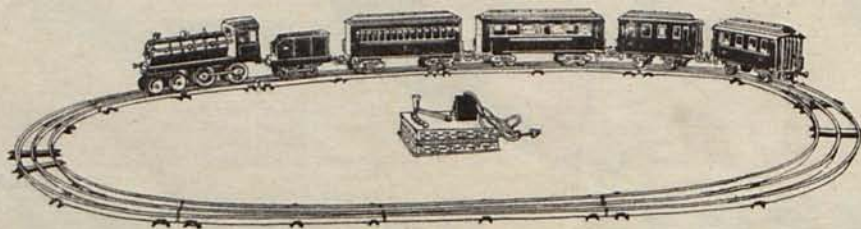
**Tres magníficos triciclos con cadena
de transmisión.**



**Dos formidables locomotoras con cuerda
que marchan a gran velocidad.**



**Una magnífica muñeca con su
«trousseau» completo.**



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. J. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN GIERRE Y TALLERES } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO X.

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

PINOCHO QUIERE SER ALPINISTA



Para que la refracción de la luz, producida por la blancura de la nieve, no les perjudique a la vista, los alpinistas suelen gastar gafas ahumadas.

Pero Pinocho quiere acostumbrarse a afrontar todos los peligros, sin acudir a recursos cobardes. ¿Refracciones a él? ¡Bah! Y construye una montaña formidable y blanquísima con sacos de harina y pilones de azúcar; trepa hasta la cima, y allí permanece cuanto tiempo le da la gana, incólume, sin pestañear.



En el *Manual del perfecto alpinista*, cuya publicación medita Pinocho, habrá un capítulo dedicado a «La manera de descender con rapidez vertiginosa por las pendientes casi verticales».

En esta materia nuestro héroe es un «asa», y si no, ved con qué soltura y elegancia resbala por la barandilla de la escalera.

Lo malo es que la portera también le ha visto, y ¡buena le espera al genial muñeco cuando llegue abajo!



Después de sus admirables experimentos de descenso, se le ocurre a Pinocho—está en todo—pensar que, a lo mejor, a las pendientes de los Alpes les sucede lo que a las de otros lugares, y es que si unas veces hay que bajarlas, otras hay que subirlas.

En vista de esto va a su cuarto, inclina el armario de luna contra la pared, ata una cuerda al copete y... ¡arriba, pelele! Con esa fuerza y ese pulso, el día menos pensado el héroe de madera se ve en la cima del Himalaya sin darse cuenta.



Para acostumbrarse a aguantar las lluvias torrenciales, Pinocho está descando que llueva. Pero hace un tiempo espléndido, y un héroe de su categoría no puede estar a la disposición y capricho de los elementos.

Se va al cuarto de baño, se construye un aparato ingeniosísimo, como suyo, y aguanta el chaparrón, impávido, heroico, sin un estornudo... ¡y sin paraguas!

Y su aprendizaje de alpinista genial, da por terminado Pinocho, el sin rival.

CURIOSIDADES

HOMBRES PÁJAROS (LOS AEROPLANOS)

En su afán de dominio sobre la Naturaleza, el hombre ha ido conquistando poco a poco sus distintos componentes.

De los cuatro elementos de que está formado el Universo ha sometido a su poder tres, que son: el agua, el fuego y la tierra; pero le faltaba conquistar el aire, y ya está a punto de ser dueño y señor de él.

Y así como para construir sus barcos y submarinos estudió atentamente a los peces, fijó su vista en las aves cuando quiso, como ellas, volar.

Las tentativas para elevarse en el aire datan de hace miles de años, pues en pinturas egipcias aparecen hombres con alas, y está probado que los indios también tuvieron esos propósitos.

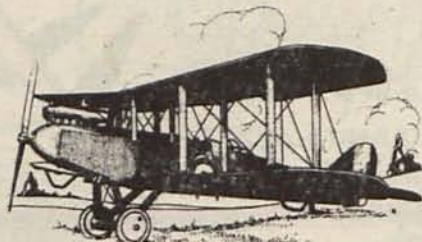
Sin embargo, hay que llegar al siglo xv para encontrar los orígenes científicos del aeroplano. A Leonardo de Vinci, el gran pintor y físico italiano, es a quien se debe el invento de la hélice, esa especie de remo alabeado ligeramente por sus extremos, y que merced a su rápido movimiento de giro hace correr a gran

velocidad al aeroplano hasta llegar el instante en que, aun siendo un aparato más pesado que el aire, se levanta del suelo y sigue elevándose majestuosamente en la atmósfera.

La parte fundamental del aeroplano es la hélice, y cuando modernamente se principiaron a hacer pruebas por distintos inventores y experimentadores, los esfuerzos de todos se encaminaron a encontrar un motor suficientemente poderoso para hacer girar a la hélice con enorme velocidad.

Y hoy día son muy variados los modelos de motores de explosión, con gasolina, que se utilizan.

El aviador que dirige el aparato maneja un volante como el del automóvil, y con unas palancas imprime movimientos adecuados a los timones llamados de profundidad y de cambio de dirección, que sirven para elevar o hacer virar al aeroplano.



ARCONTE.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA EL POSTE DE TORTURA

Estaba en aquel tiempo en California, acompañado de mi esposa, que había ido a tomar parte en un campeonato de levantamiento de peso.

Pero un grave trastorno nos amenazaba. A los pocos días de habitar en el país, mi esposa, que era muy aficionada a dar largos paseos en *patinette*, no regresó de uno de ellos; fué inútil que la buscásemos por todo el contorno, pues no aparecía; hasta que un indio amigo me comunicó la tremenda desgracia de que mi esposa en su paseo había ido a parar a un campamento de pieles rojas que la habían hecho prisionera.

Mi desesperación fue grande por la doble pérdida, la mujer y la *patinette*, y decidí conseguir su rescate de viva fuerza.

Reuní, pues, a todos los cow-boys del contorno, y exponiéndoles mi caso les propuse organizar una expedición que había de devolverme a mi Adelaida.

Pero los cow-boys no quisieron venir conmigo, pretextando el que el campamento estaba muy lejano para ir a pie y muchos de ellos no sabían montar a caballo.

Partí, pues, yo solo a parlamentar con el jefe de los Comanches. Montaba, como de costumbre, mi bicicleta-encendedor, llamada así por un pedernal colocado junto a la rueda dentada grande, y que hacía que al pedalear echase chispas, permitiendo encender el cigarro con gran facilidad.

Como mi objeto era tener una conversación con el jefe de la tribu, creí oportuno presentarme bien vestido; así es que caminaba vestido con mis mejores galas, calado mi más reluciente sombrero, que cubría mi bisoné más sedoso.

Al poco tiempo de caminar encontré a un centinela indio que me dió el alto y un susto, pues surgió al lado de mi máquina.

—¿Dónde vas, ciclista? —me preguntó.

—Al poblado de los Comanches para hablar con el idiota de su jefe—. Le contesté con decisión.

El indio me miró extrañado de mi cortesía y me condujo al campamento con la mayor rapidez.

—¿Quién es a estas horas el que interrumpe nuestro descanso? —dijeron los notables de la tribu.

El centinela les respondió, señalándome a mí y a la bicicleta: —Aquí, el señor, que viene con muchos humos.

—Soy el Barón de la Castaña —rectifiqué yo.

No más oír mi nombre comenzaron a salir indios de las tiendas, que se fueron reuniendo en torno mío en la plaza del poblado. Todos venían lisiados, como después de una batalla. El que no tenía un ojo hinchado, llevaba un brazo en cabestrillo; y si no, cojeaba. El jefe mismo exhibía un chichón en la frente, del tamaño de un huevo de avestruz.

—¿Con que eres el Barón de la Castaña? —me dijo.

—¡Sí! —contesté—. Soy el Barón y vengo en busca de Adelaida, que ayer tarde no la vi.

Entonces supe la terrible verdad.

Adelaida, prisionera, se había enfurecido, y armada de un garrote la había emprendido a palos con toda la tribu y los había estropeado; desde el jefe al último guerrero.

Después de la hazaña se había marchado con gran contento de los indios.

Pero el mal genio de mi esposa había de pagarlo yo, y el consejo de los notables de la tribu decidió dar fin con mi persona en el poste de tortura.

—¡Ya se lo diré a mi esposa para que os pegue! —les decía yo. Y ellos me contestaban: «Acusica Barrabás, en el poste morirás», y me ataron al de tortura.

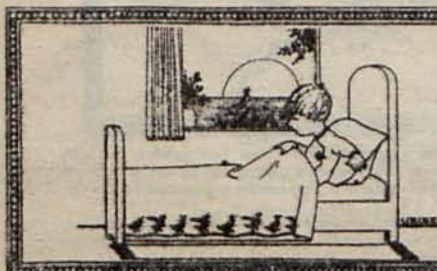
Muchos fueron los sufrimientos que me hicieron soportar los salvajes. Uno de ellos se colocó con una máquina de escribir junto a mí y se pasó tecleando dos horas, al final de las cuales he de reconocer que me dolía la cabeza.

Después otro de los indios se dedicó a hacerme cosquillas en la nariz con una pajita.

Otro más feroz me enseñó el funcionamiento de los motores de vapor, y por fin, comprendiendo que eran muchas las torturas, se acercó el jefe y me cortó la cabellera...

Quando todos estuvieron dormidos me desaté del poste y me escapé del campamento, dejándome en él tan solo la cabellera, que era, afortunadamente, el bisoné que me había puesto para ir elegante.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

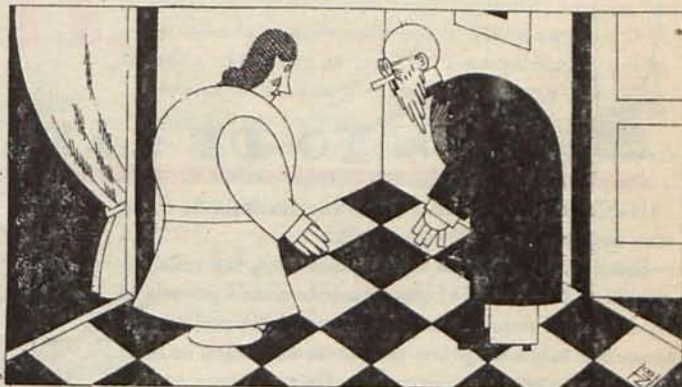
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

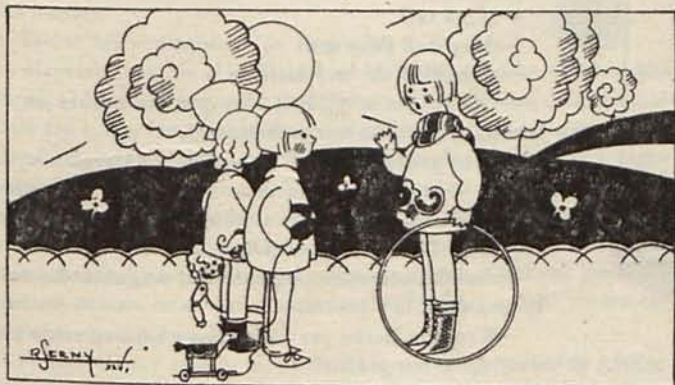
CHISTES



—Vamos a ver, niño. Si tienes dos reales en un bolsillo y pierdes cincuenta céntimos, ¿qué es lo que te quedará?
—El agujero por donde se han caído.



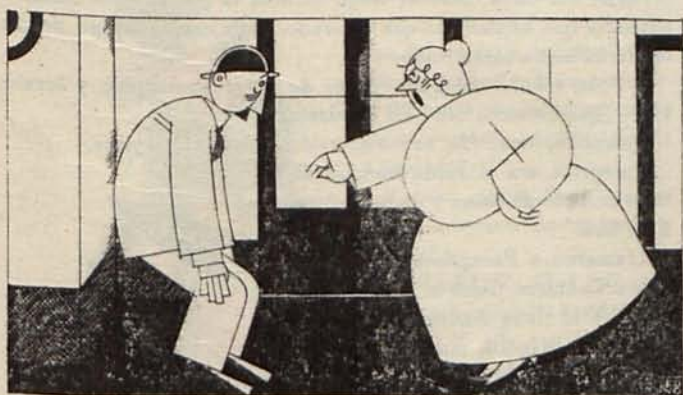
—Doctor, el remedio para el niño que recetó usted ayer se ha terminado.
—¿Terminado? ¡Imposible, señora! Si tenía que tomar una cucharadita cada tres horas.
—Sí; pero es que, para decidirle a tomarla, tenemos que tomar su papá, su abuelita, su tía y yo una cucharadita cada uno.



—Y ahora, ¿qué hacemos?... ¿Cómo le decimos a mamá que se nos ha perdido la institutriz?



—¿Por qué se va usted al balcón cuando canto? ¿Es que no quiere oírme?
—No es eso, señorita. Me asomo para que la vecindad no crea que la estoy pegando.



—Tu amigo Juan es un imbécil y un idiota, y me vas a hacer el favor de ir a decírselo ahora mismo.
—Oye, ¿no podría decirle todo eso por teléfono?



El turista (miope).—Diga, buen hombre, ¿aquello de enfrente es el sol que se pone?
El campesino.—Nada sé, señor; soy forastero.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



UNA DAMISELA DE CHINA EXAGERADAMENTE FINA



CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Había una vez en una vitrina una damisela de china, muy fina, muy fina.

Era de una porcelana tan exquisitísima, tan refinadísima, tan delicadísima, que no sabían dónde ponerla ni cómo tocarla para que no se lastimara. No podía tener la menor mota de polvo porque se ensuciaba su cutis blanquísimo, y suavísimo, y pulquérrimo: lo que se dice intacto e impecable. No podía coger una corriente de aire, por sutilísima que fuera, porque se podía constipar, y los constipados, en las personas de su familia —una familia de lo más distinguido—, era fatales: con sólo un estornudo ya se les abría una grieta en aquel cutis de «Mírame y no me toques».

La damisela de china estaba siempre con la mano derecha en el corazón y la cabeza ladeada, apoyada la sien, delicadísimamente, en la punta del dedo índice de la mano izquierda.

La damisela de china, como era tan fina, se sentía con jaqueca por la menor cosa.

—Signorina —le preguntaban los vecinos de vitrina, dándole el tratamiento en italiano, porque era el idioma más delicado para sus oídos tan delicadísimos.

—Signorina, ¿qué tal?

Y ella contestaba, doliente:

—Mal, muy mal...

Había en la vitrina un chino de china; un chino que al menor movimiento se estaba horas y horas diciendo que sí con la cabeza. El chino, al oír a la damisela asentía con la cabeza. Debía ser atroz el mal que sentía la delicada *signorina* cuando el chino de china hacía con la cabeza aquellos movimientos, como diciendo: «¡ya lo creo, ya lo creo, ya lo creo!»...

Entre los compañeros de vitrina había dos: un vejete inglés con chistera y bastón color tabaco, con unos libros debajo del brazo y un paraguas, y una vieja que llevaba patos al mercado. Eran los que más se interesaban por la suerte de la damisela.

Después de mucho pensar y preguntarle dieron, por fin, con la causa de la jaqueca. Tenía al lado un maestro de danza, que se estaba la vida entera tocando la flauta en una posturita entre de equilibrista, entre de bailarín de minué. Los demás no habían conseguido nunca oír lo que tocaba aquel hombre; creían que aquello de la flauta era sólo para presumir; pero la damisela aseguró que el pitido de la flauta aquella se le metía por los sesos.

—¡No pueden ustedes figurarse!... ¡Es un pitido!... ¡Parece que me pasan de parte a parte de la cabeza una aguja de plata! Menos mal que es de plata; pero con todo, ¡soy tan delicada! que me es imposible soportarlo...

Y como el chino asentía con la cabeza, como diciendo: «¡Lo creo!, ¡lo creo!, ¡lo creo!», todos acabaron por creer que debía ser atroz aquello de la aguja.

Entre varios admiradores y adoradores que se estaban mirando en ella —un húsar de Napoleón y un petimetre, que la miraba a todas horas con un impertinente cuadrado—, se la llevaron lejos del flautista: encima del piano. Allí, sobre lo negro, ella, tan blanquísima y finísima, estaba preciosísima.

Pero allí no dejó de suspirar.

—¿Qué tal? —le preguntaban desde la vitrina.

—¡Muy mal!, ¡muy mal! —gemía ella poniendo los ojos en blanco. ¿Mal también?... ¿Qué podía pasarle ahora?... ¡Pobre criatura!... ¡Estaba la infeliz tan delicadísima!...

Todos miraban, como en consulta, al busto de un gran músico que estaba allí, sobre el piano, cerca de la damisela de china.

—¿Usted, caballero, ha notado algo que haya podido hacer daño a la signorina? —preguntaban.

Pero el músico, un narizotas con pelos alborotados de mal genio y con cara de malas pulgas, se encogía de hombros.



Estampita

Buscando, buscando, por fin consiguieron que la damisela explicase lo que le pasaba.

—Este señor de aquí —dijo, refiriéndose al músico— está pensando música, y ¡mete un ruido tan atroz!... ¡Jesús!... ¡Me atruena!

El chino de china decía con la cabeza: ¡claro! ¡claro! ¡Pobre damisela! ¡Estaba tan delicada la pobre signorina de china tan fina...!

Al lado de la ventana que daba al jardín había una mesita, finísima también... Allí, perfumada por la madre selva y acariciada por la brisa, estaría la signorina tan perfectamente.

El chino decía: «¡Eso! ¡Eso!»

Allí se la llevaron.

Allí estuvo cinco días la damina.

—¿Qué tal?

—¡Muy mal! ¡Muy mal!

—¿También ahí muy mal?

—Oh, sí... ¡es horrible!... ¡Hay por las noches en el jardín un estrépito tan grande...

«¿Tan grande?...? ¡Un estrépito...! ¿Ustedes oyen algo?» —se preguntaban unos a otros— «Yo, nada» —contestaban todos. Sólo el chino sacudía la cabeza: «¡Digo...! ¡Digo...! ¡Digo...! ¡Digo...!»

Buscando, buscando; preguntando, preguntando, acabó por decir la signorina:

—¡Crece la hierba por las noches y hace un ruido tan atroz... es un estrépito tan grande!

¡Todos abrieron los ojos asombrados...! ¡Todos se miraron compadeciendo a la pobre signorina! ¡Si sería fina la damisela aquella de china, que hasta oía el crecer de la hierba...!

—¿Ustedes oyen algo? —preguntaba a los vecinos de arriba, asomándose, un vejete de china que vivía en el piso de abajo de la vitrina.

Nadie oía nada. Sólo el chino sacudía la cabeza como dando a entender que estaba más que enterado, hacía mucho tiempo, de que la hierba metía tanto ruido.

—Pues, señor... decía un médico de gorro puntiagudo y lavativa—, ¿qué haremos con esta damisela?

Buscando, buscando, se les ocurrió recurrir a Peregrina.

Peregrina era el Hada madrina de todo muñeco de china y de porcelana fina, fina.

Llamaron a Peregrina. Vino Peregrina. Contaron todos el caso a Peregrina. Y el Hada madrina, Peregrina, sonriendo a todos, muy fina, escuchó a los muñecos de china, y al irse, parada en la esquina, prometió a la signorina:

Damisela fina, fina,
prodigio de porcelana,
mañana por la mañana
estarás con Peregrina.

A la mañana siguiente, en efecto, un lecho de pétalos de rosa vino por los aires, llevado por milanos; cien mariposas depositaron a la damisela en el lecho mullido de rosas, y los milanos, entonces, elevándose por los aires suavemente, transportaron a la Delicadísima hasta el Palacio mismísimo del Hada.

Allí encontró, preparados para ella, los prodigios más delicadísimos: para



Santana

pedestal una nube, y para vestidos unos trajes sutilísimos, de ensueño, hechos con tejidos de suspiros, cosidos con rayos de luna y adornados con gotas de rocío...

—¿Qué tal? —le preguntó el Hada Peregrina al despertar, al día siguiente.

—¡Muy mal, muy mal! —exclamó quejumbrosa la infeliz y desgraciadísima signorina.

—¿Mal todavía? —preguntó el Hada con sorpresa y poniendo la voz de mimo para lastimarla menos—. ¿Qué te pasa a ti, mi vidina, preciosísima damina, chiquitina, prodigio de china fina?

Y la damisela, bajando los ojos y ruborizándose, contestó:

—¡Las costuras de estos trajes me rozan de tal modo...! Son tan ásperas las telas, y los hilos abultan tanto... ¡Pesan de una manera atroz estas perlas de rocío...! ¡Jesús, Jesús...! No he podido pegar los ojos en toda la noche.

¿Qué pasó? ¿Qué fue aquello? Fue que al decir la última palabra la damisela de china se encontró instantáneamente otra vez en la casa donde antes estaba, con el muñeco que tocaba la flauta a todas horas, el músico que pensaba música y la hierba que crecía por las noches.

Todos los compañeros de la damina se alegraron mucho; el petimetre de la flauta tocó su música más dulce; el húsar se puso más arrogante y satisfecho todavía, brillándole los ojos y los galones de alegría; el vejete que vivía en el piso de abajo de la vitrina asomó la cabeza para dar a todos los vecinos la noticia de que había vuelto otra vez a estar con ellos la damina preciosa y mimada. Todos, ¡los pobres!, se habían quedado como sin sombra y muy tristes cuando los abandonó la damina. Era tan mona y se habían hecho de tal modo a cuidarla y a mirar por ella, que no sabían estar sin atenderla y sin saber, a cada momento, cómo se encontraría de salud.

Todos, el que más y el que menos, se habían resignado a estar sin ella, pensando que sería por su bien. Pero cuando vieron que volvía se llenaron de gozo todos porque pensaron: «No puede vivir sin nosotros la damina, como no podemos nosotros vivir sin ella. En el Palacio estaría muy bien; pero cuando se quiere a las personas se prefiere estar mal y estar con ellas a estar bien y que nos falten.

A nosotros nos pasaba: ella nos daba preocupaciones, pero a nosotros no nos importaba: con tal de verla a todas horas, tenerla a nuestro lado y cuidarla dábamos por bien empleados todas nuestras preocupaciones y cuidados».

Y todos, pensando así, se pusieron a brincar de contento y de cariño.

—¿Qué tal? ¿Qué tal? —le preguntaron sus amigos.

Y ella contestó malhumorada:

—¡Muy mal! ¡Muy mal! ¿Cómo he de estar...? No puedo vivir con ese estrépito: hacen ustedes un ruido atroz en los cristales, brincando de ese modo, sin conside-

ración a que yo tengo la cabeza delicada... ¿Cómo quieren ustedes que esté?

Todos se quedaron inmóviles, callados, de una pieza... Nadie dijo nada. Pero...

¿Fue casualidad? No sabemos. Pero lo mismo fue encontrarse de nuevo en aquella casa que sonar en la calle un grito largo, que se estiraba, se estiraba y luego, de repente, concluía:

«¡Traaaaaa.....perol!»

¿Fue casualidad o fue otra cosa? Lo cierto es que el trapero subió a la casa, llamado por la criada, entró en la habitación, cargó con un reloj y unos candelabros que estaban arrinconados, y cuando ya iba a marcharse, oyó una voz que le decía: «¿Por qué no cargas con ella?»

Era el músico de los pelos alborotados y la cara de malas pulgas el que decía aquello al trapero al ver que éste miraba a la damina.

—¿Con quién? —preguntó el trapero.

—Con ésa, hombre —contestó el músico—. Con la niña esa, la de la jaqueca... ¡La damisela de china fina, fina, que me está haciendo tragar una de quinal... ¡Jesús!, ¡Jesús! —como dice ella—. De qué buena gana le daría un puntapié, pero... ¡como estoy de busto...!

Al trapero le pareció bien aquello de llevarse a la damisela, y a la criada acabó por parecerle mejor que el trapero se la llevara a cambio de unas cuantas pesetas. Así que el hombre de los trapos cogió, por fin, a la damisela por la cabeza, la zambulló en el saco lleno de pantalones viejos y levitas raídas, y se fue calle abajo pregonando:

«¡Traaaaaa.....perol!»

El chino hacía que sí, como si lo encontrara todo muy bien empleado: «¡muy bien, muy bien, muy bien, muy bien!»

EPÍLOGO

Al cabo de algún tiempo el dueño de la damisela, que andaba siempre buscándola por todas las ropavejerías, seguro de que alguien se la había llevado para venderla por cuatro cuartos, se la encontró, por fin, pero ¡en qué estado!, rota y pegada por tres o cuatro partes y con cada desconchón que era una pena. El caballero, sin embargo, la compró y se la volvió a llevar a su casa.

La damisela de china, siempre fina, pero ya no tan fina, sintió, al verse otra vez en aquel hogar suyo, entre todos sus antiguos compañeros, una emoción de felicidad y gratitud... Del pecho a la garganta le subió, como en una oleada, una necesidad de llorar y arrepentirse... Se llevó la mano derecha al corazón, apoyó la cabeza en el dedo de la mano izquierda y bajando la frente dejó que corrieran hasta su pecho unas lágrimas calientes y buenas.

—Por Dios, por Dios, ¡que la signorina se está despegando! —gritó la niña de la casa al día siguiente. Con el calor de la emoción, el sindetición estaba también llorando.

La pegaron bien, con una pasta fina, hecha para los muñecos de china, y ya no volvió nunca a quejarse, y fue feliz la bellísima signorina.

El chino aprobó una vez más, cien veces más, con la cabeza:

«¡Vamos...! ¡vamos...! ¡vamos...! ¡vamos! ¡Por fin...! ¡por fin...! ¡por fin...! ¡por fin!»

MANUEL ABRIL.



Camera y Patké-Baby

EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS 14 Y 16 MADRID



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. TALLGARD

(Continuación.)

—¿Qué esperabais?
—Encontrar bien amarrados a Cabeza de Piedra y a Peti-foque en vuestra casa.

—Como no han venido aquí, no hemos podido hacer nada. Y, por otra parte, ¡id a mediros con semejantes hombres!

—Bien lo sé. Si Washington contase con diez mil como ellos, hace tiempo que habríamos perdido todas nuestras colonias. Y el caso es que hay que apoderarse de Cabeza de Piedra, sea como sea.

—Pero, ¿dónde lo buscaremos?

—No se habrá ido al infierno, ciertamente —dijo el señor Oxford.

—Podría haberlo devorado algún oso. Vos no conocéis nuestras selvas, infestadas de animales ferocísimos.

El secretario del marqués se encogió de hombros.

—¡Bah, no son hombres que se dejen devorar como *beefsteaks*!

Dicho esto, miró a Jor, que continuaba destapando botellas y llenando los vasos de los marineros, sentados en cajas y barriles.

—¿Creéis que haya perecido Davis en el naufragio? —preguntó a Jor.

—Lo ignoro, señor. No lo he vuelto a ver. Además, yo me arrojé al agua antes que él para escapar a los hachazos de los bretones.

—Hay, pues, que confiar en que se ha salvado, pues nada admirablemente.

—Podía apostárselas con los castores, señor —contestó Jor—; pero no hay que olvidar que el lago estaba agitadoísimo y la barca se encontraba junto a los arrecifes. Es fácil, pues, que le haya ocurrido alguna desgracia.

—¿Lo conocían los hurones?

—Sí, porque tiene parientes entre esos guerreros. Como ya sabéis, Davis es cruzado de blanco.

—Pero si se hubiera salvado habría venido en seguida aquí —dijo el traficante—. Yo lo esperaba hace ya días.

El secretario del marqués apuró otro vaso, y preguntó después:

—Bien; ¿y qué hacemos? Cabeza de Piedra nos es absolutamente preciso.

—Que desembarque una compañía de soldados y que den una batida por el bosque. Yo no sabría daros otro consejo.

—Así lo diré al marqués. ¿Habéis tenido noticias de los americanos?

—Y por cierto poco tranquilizadoras para vosotros. Se dice que algunas bandas destacadas de Ticonderoga han desembarcado en tartanas y barcasas no muy lejos de aquí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Un cazador de osos, con quien me encontré hace tres días.

—De manera que corremos el peligro de ser sorprendidos de un momento a otro por esos perdularios...

—Podría ser.

—Quedaos aquí vos con Jor. Espero que no os harán daño aunque os capturen. Yo volveré a informar al marqués de cuanto sucede.

—Los americanos no fusilan a sus prisioneros —repuso Riberac—. Además, ya procuraremos no dejarnos prender.

—¡Ah, ese endiablado Cabeza de Piedra...! De cualquier modo, acabará por caer en nuestras garras. El sólo debe saber si vendrá aquí el barón MacLellan para ayudar a Arnold y a Saint-Clair.

—Mientras no se le encuentre, nada sabremos, señor Oxford.

—Cuando vuelva a bordo, el marqués me hará una escena, pues él esperaba tener ya en su poder esas dos cartas. ¡Habría tempestad en el bergantín, tempestad furiosa!

Diciendo esto, hizo seña a los marineros de levantarse.

—Vámonos —dijo—. No tengo grandes deseos de que me prendan los americanos, si es verdad que andan por estos contornos.

—Yo espero verlos llegar de un momento a otro —dijo Riberac—. La noche pasada oí a lo lejos el redoble de un tambor.

En aquel momento tres o cuatro gruesos rollos de pieles cayeron al suelo y varias cajas cayeron encima de los barriles.

El secretario del mar-

qués tornóse lívido y empuñó sus pistolas.

—¿Hay otras personas aquí? —preguntó con voz amenazadora al traficante.

—Que yo sepa, no. Las zorras entran a menudo y me revuelven todo para robarme. Siempre me hacen grandes daños y nunca he podido averiguar por dónde entran.

—¿No hay otra puerta allá en el fondo?

—Nunca la he visto.

—Habrán minado alguna galería royendo los troncos de vuestro almacén.

—No me he cuidado nunca de verlo. He tenido bastante en qué ocuparme, entre vosotros y los indios.

—O quizás los americanos se han abierto un paso para sorprendernos.

—Todo es posible. Para mis tratos con los pieles rojas tengo necesidad de ausentarme frecuentemente durante semanas enteras. ¡Diablo, otras balas que ruedan...! ¡Si las zorras impelidas por el hambre, me estropean diez mil dólares de mer-



Gran Variedad en JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO
Ayuntamiento de Madrid

cancias, vayan al infierno las guineas del marqués! De buena gana me hubiese largado hace tiempo, poniendo todo en salvo.

—El lord es generoso y sabrá recompensaros.

—¡Hum...! —gruñó el traficante.

—¡Respondo de ello! ¡Adelante, marinos; mirad a ver si se trata de zorras o de hombres que se oculten ahí! ¿Están cargadas vuestras carabinas?

—Sí —respondieron los seis ingleses, cuyas piernas se resentían a causa de la ginebra bebida.

—¡Andando, borrachones...! —gritó el secretario del marqués—. Cuando os halláis ante unas cuantas botellas os volvéis estúpidos y no servís ya para nada.

—¡Oh, también vos habéis bebido, señor —dijo un marinero que ostentaba en la manga un galón rojo.

—No tanto como vos. ¡Obedeced u os haré ahorcar a todos...! Ya sabéis que el marqués no hace las cosas en chanza.

—¿Y si los americanos estuvieran escondidos tras esa especie de barricada y nos mataran a todos con una descarga a quemarropa?

—Ya nos hubieran sorprendido, y, además, no hay puerta alguna en el fondo. ¿No es cierto, Riberac?

—No, ninguna —respondió el traficante, que se había sentado con Jor al fuego.

—Vamos, pues —dijo el galoneado marinero—. Demos gusto al señor Oxford si no queremos que nos obsequien después con un cabo de cáñamo bien apretado alrededor del gaznate.

Aun cuando no estaban muy seguros sobre sus piernas, los seis hombres se aproximaron a la alta barricada, con el dedo fijo sobre los gatillos de sus carabinas, preparados a responder a cualquier agresión; pero a los pocos pasos se detuvieron, mirándose unos a otros con ansiedad. Otras balas cayeron desde lo alto del montón, rodando acá y allá por la sala.

La palidez del señor Oxford aumentaba. Furioso, volvióse hacia el traficante, diciéndole:

—¡Vos escondéis gente en vuestra casa...!

—Ni Jor ni yo hemos visto entrar a nadie —repuso Riberac.

—Pues detrás de ese montón de pieles y cajones debe de estar oculto alguien.

—En verdad, no sé yo tampoco explicarme cómo esos rollos de pieles, que estaban tan bien colocados sobre las cajas y los barriles, hayan podido caerse.

—Id vos a ver.

—Yo soy un comerciante y no un hombre de armas.

—Sí; pero ¡cuántas veces habréis combatido con los indios para librar la cabellera!

—Soy amigo de todas las tribus y no necesito...

Interrumpióse bruscamente, preguntando en seguida al secretario del marqués:

—¿Habéis oído?

—¿Un gruñido?

—Algún oso gris acaso.

—¿Y por dónde ha podido entrar?

—Ya lo veremos. Por la puerta del almacén no ha sido.

Los seis marineros, que también habían oído aquel gruñido, retrocedieron renegando.

El señor Oxford lanzó un grito de cólera:

—¡Somos nueve y nos estamos aquí charlando estúpida-mente! ¡Habré de ponerme a vuestra cabeza!

—Debéis hacerlo así —dijo el traficante, fingiendo que preparaba su grueso arcabuz—. Id delante y todos os seguiremos.

—¿Y si damos de manos a boca con algún gigantesco oso gris? Ya sabéis que esos tristes no retroceden aunque se vean atacados por veinte hombres, y que resisten todas las balas, que se aplastan en su coraza de grasa.

—No penséis en ello. El techo no está desfondado, ni la pared tampoco; ¿por dónde habría podido entrar?

—Eso os pregunto yo.

—Y yo a vos —dijo Riberac—. Si fuera un oso, nos hubiera atacado ya mil veces.

—Y alguno de nosotros no podría contarle ya —añadió Jor.

—De todos modos, hay que enterarse de lo que sea —dijo el secretario—. El marqués me está esperando y no es hombre que tenga paciencia.

Empuñó las pistolas y se adelantó resueltamente hacia la barricada, seguido de los seis marineros, que parecían más ébrios que nunca, quizás a causa del fuerte calor que reinaba en la estancia; el traficante y Jor iban detrás, riendo entre dientes, puesto que sabían de qué oso se trataba.

El secretario se aventuró en el pasillo que los hessianos habían hecho al transportar las dos grandes cubas; de repente, la barricada, que por fortuna se componía sólo de rollos de pieles, le cayó encima, cubriéndolo completamente.

—¡El oso, el oso!... —gritaron los marineros, dando un salto hacia atrás y derribando a su vez barriles y cajas.

Hicieron algunos disparos al azar y se precipitaron hacia el centro del amplio almacén, parapetándose detrás de la mesa que habían derribado, así como las dos grandes cubas llenas de tambores.

Riberac y Jor se quedaron solos.

—Cabeza de Piedra ha hecho honor a su cabeza

—dijo el primero.

—Se ha llevado al secretario del marqués en nuestras narices —repuso el segundo.

—¡Y con qué maestría! Ninguno de nosotros lo hemos visto siquiera. Ese hombre es un verdadero diablo y su compañero no le va en zaga.

—¿Cómo nos libramos ahora de estos marineros?

—Aquí tenemos ginebra. Los embriagaremos si no se van.

—Me parece que preferirían volver al bergantín antes que quedarse aquí —respondió Jor.

—Vamos a ver qué le ha pasado al secretario.

—Que se lo han llevado, señor Riberac.

—Ya lo sé. Cabeza de Piedra lo tendrá en el pasadizo secreto. Es un hombre de acción, ese bretón, que no vacila nunca.

Para tranquilizar un poco a los marineros, presa de un pánico enorme, entraron en la barricada y vieron a la entrada del pasadizo secreto a Petifoque, que se reía con toda su alma.

—Cabeza de Piedra, ¿ha hecho una de las suyas? —le preguntó Riberac.

—Se ha llevado al secretario del marqués.

—¿Qué quiere hacer de él?

—¿Yo qué sé? Ahora mandará batir tambores a paso de carga y se apoderará de la chalupa, que le es muy necesaria a él y, acaso, a vos también. Soplan malos vientos por este lado, ahora que los ingleses se preparan a invadir el Champlain. Si no nos refugiamos pronto en Ticonderoga, acabaremos mal, señor Riberac.

—En ello pienso —respondió el traficante—. Una cosa me desconsuela, y es dejar todas mis riquezas en poder de los indios, que jamás han conocido la gratitud.

—Alguien os resarcirá. El barón es tan rico como el marqués.

—¡Ohé!... —gritó en aquel momento el cabo de los marineros—. ¿Habéis encontrado al secretario?

Riberac y Jor saltaron a la barricada después de hacer señas a Petifoque de que esperara; el primero dijo:

—Ha desaparecido; algún oso debe de haberlo devorado.

—¿Habéis visto a la bestia?

—No; sin duda ha huido en seguida.

—¿Hacia dónde?

—Hemos encontrado una especie de subterráneo —dijo el traficante—. Lo habrán minado sin yo advertirlo, bien los indios o bien las fieras, atraídas por el olor de mis pernils.

(Continuará en el número próximo.)



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO



-¿OTRO CAPRI-
CHITO? ¡VEN-
GA!



-¿QUÉ MAS SETE ANTOJA?
¡HAZME EL FAVOR DE LLE-
VAR EL TORO TAMBIÉN!

-ESPERE
DON TURU-
LATO, QUE
TENGO
UNA IDEA



-¡PRONTO, QUE NO ME
GUSTA HACER EL RIDI-
CULO!



-YA VOY, DON TURULATO,
AMARRO EL GLOBO AL
RABO DEL TORO,
Y YO LLEVARÉ
LAS DOS
COSAS



-¡ADIÓS
TORO!

-¡ADIÓS
GLOBO!



-¡SE FUERON
LAS ILUSIO-
NES!

-¡VOLARON
LAS ES-
PERAN-
ZAS!



-¿QUÉ HAREMOS ESTA
TARDE, NINCHI?

-NO SÉ, CHICO,



-PUES, ANDA. VÁMONOS
AL CORRAL DE MI CASA
A JUGAR AL TORO



-MÍRALO,
CURRIN-
CHE... EN
CIMA DE
AQUELLA
NUBE!



-¡NO LE
TENGAS
MIEDO QUE
ES UNA
MONA!

-¡¡BIEN!!



-¡OTRO TORO!
¡OTRO TORO!
¡OTRO TORO!



Kitito

ALELUYAS DE LA VIDA EN JAUJA



1 Es Jauja un país dichoso
Donde todo es prodigioso



2 Los pobres en Jauja, son
Los que tienen un millón



3 Se apedrean los pequeños
Con chorizos extremeños



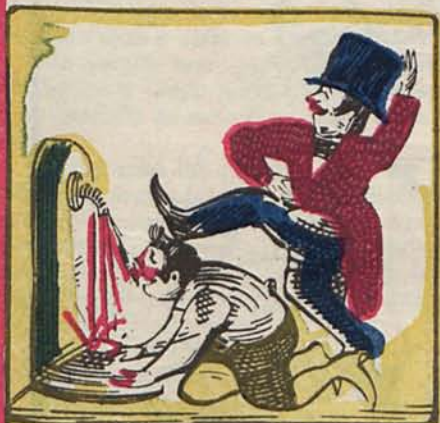
4 Sin trabajar un momento,
Todos, tienen alimento



5 Dan las plantas chocolate,
Yolras pollos con tomate



6 Hay perdices y jamones
Por las calles a montones



7 Hay fuentes de manzanilla,
ginebra, ron y monlilla.



8 El calzado y los vestidos
Vienen del cielo cosidos



9 Cuando llueve, son natillas
Yel granizo peladillas



10 Las casas están de balde
Hechas con turrón y hojaldre



11 Se tiene un cigarro habano
Con solo alargar la mano



12 Este señor que aquí ves
Solo lleva en Jauja un mes.

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ RESPONDE EL ECO?

Ayer tarde fui con Pirula a pasear por el campo. Nos sentamos junto a una alberca. Pirula, por distraerse, comenzó a tirar piedras, una tras otra, al agua verde de la alberca. Y comenzaron a formarse en la superficie del agua, inmediatamente, círculos y círculos, que se agrandaban cada vez más, que se hicieron cada vez más grandes, hasta chocar con los muros que contenían el agua. A Pirula le gustan estos entretenimientos. ¡Cosas de Pirula!

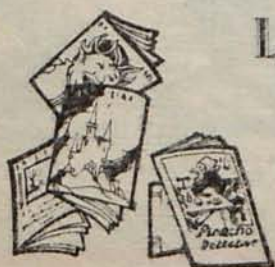
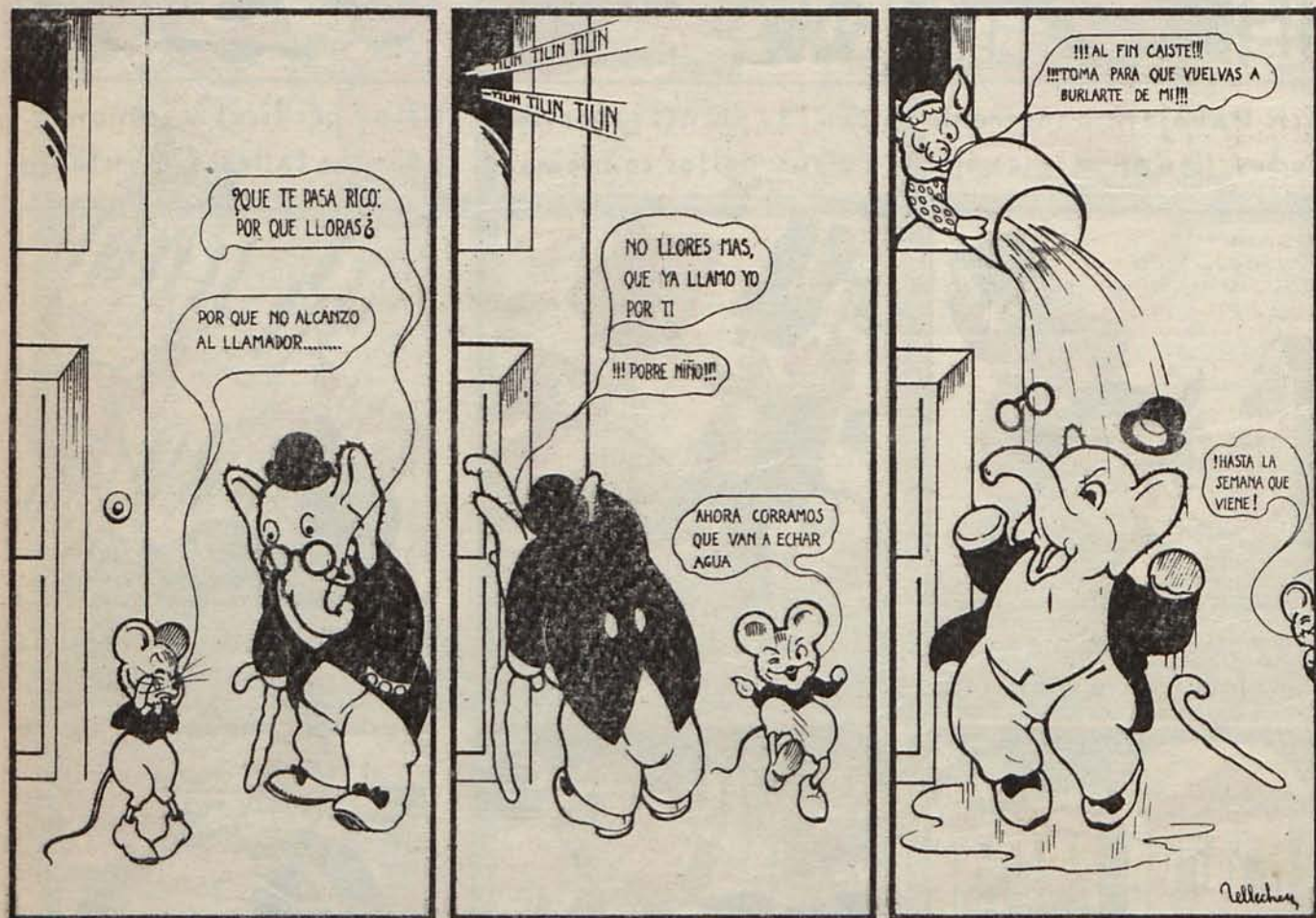
De pronto le dió la idea de cantar. Pirula tiene una voz preciosa, como un canario flauta. Pero dejó de cantar al advertir que alguien repetía su canción. Cuando Pirula comenzaba: «La viudita, la viudita...», otra voz le contestaba al momento: «La viudita, la viudita»... —¿Quién repite mi canción? —me preguntó Pirula indignadísima—. —Nadie —le dije—; es el eco. —¿El eco? —Sí, amiga Pirula. Hace un momento has estado echando piedrecitas en la alberca. Veías que al caer una piedra se formaba en el agua un circulo

lo pequeño, que luego, lentamente, se agrandaba hasta chocar con las paredes de la alberca. Pues de la misma forma se ha producido el eco en el aire. Has cantado aquí, en pleno campo, como antes echaste la piedra en plena alberca. Has cantado aquí, y el sonido ha comenzado a propagarse en el aire, por ondas, y ha chocado con algo. ¿Con qué? Ha chocado con aquella casa, como el círculo hecho en el agua chocaba con las paredes de la alberca. El sonido entonces, al chocar, ha sido devuelto, y por eso repetía tu voz. Para que se produzca el eco, amiga Pirula, es preciso que el sonido tropiece regularmente con algo, del mismo modo que para vernos en un espejo se necesita que nos coloquemos frente por frente del espejo. Sigue cantando. Y Pirula comenzó a cantar otra vez:



La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar...

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

EL CHASCO DE PAPÁ MURCIÉLAGO

Mamá Murciélaga, suspendida de una pata en el techo arrugado de la cueva, balanceaba a su hijito y le cantaba para dormirle. Papá murciélago, colgado también, estudiaba química.

Era de día, y en la obscuridad de la cueva se estaba bien. Sólo al crepúsculo salía papá Murciélago a dar su vuelta y a traer el postre de cigarras o de moscas. Cuando el sol se iba, volaba mejor su vuelo desigual, como si a cada instante se equivocara de dirección. En realidad, regateaba en su vuelo la presa perseguida para la cena.

—¡Caray! —dijo papá Murciélago—. ¡Ya anochece! ¡Cómo se me ha pasado el día sin sentir!

—No puede anoecer tan temprano.

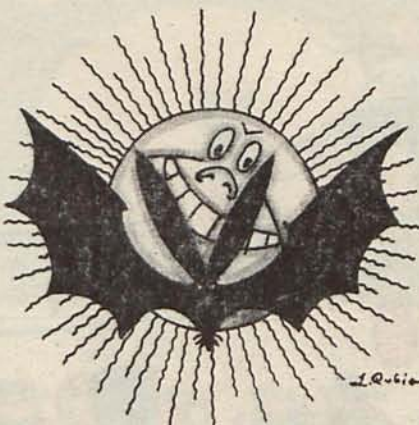
—Pues mira, mira cómo la boca de la cueva se está oscureciendo. Ya está casi negra. Dame el sombrero y el bastón.

—No salgas. Te aseguro que aún no puede irse el sol. Es muy temprano. Debe ser mediodía.

—Tú estás tonta. ¿No ves cómo todo está oscuro? Yo no sé cómo se me ha ido el día de hoy.

—No te vayas, maridito mío.

—Vuelvo en seguida. Buscar el postre y volver. Va hacer buena noche. Es un buen crepúsculo, sin frío ninguno. Pero ¡qué temprano parece que llega!



Salió de la cueva. Era de noche, efectivamente.

Extendió su piel, sujeta entre los dedos largos como la tela del paraguas entre las varillas. Echó a volar.

Había poca caza y estuvo largo rato volando como si se equivocase de dirección. Se alejó de la cueva.

En esto, empezó a clarear.

—¡Es para volverse loco! ¡Ya de día! ¡Si parece que sólo hubo diez minutos de noche! ¿En qué he estado pensando? Mi mujer estará con cuidado. Siempre me he recogido antes del amanecer.

Pero amanecía muy deprisa, tanto que en pocos minutos era ya de día y el Sol lo inundaba todo con su luz.

Demasiada luz para los ojos pequeños de papá Murciélago, que no podía resistirla y tenía que cerrarlos.

Voló deprisa, huyendo de la luz.

De pronto, se acordó:

—¡Imbécil, más que imbécil! ¿Cómo no me he acordado de que el periódico anunciaba un eclipse total para esta mañana? ¡Soy un...!

Pero no dijo más. Volaba a ciegas y se dió de narices contra un árbol que se le había puesto delante.

LA HORMIGA OCIOSA

Era el escándalo del hormiguero, de aquel hormiguero situado cerca de la orilla del río y al abrigo del viento. En los días de fiesta ningún hormiguero se veía tan favorecido de migajas. Parecía que todos los que iban a pasar allí el día eligieron aquel hormiguero para sentarse a comer. Cuando se iban, ¡qué abundancia rodeaba al hormiguero! ¡Cuántas migas de pan! ¡Cuántas cortecitas de frutas y pellejos de uvas!

Ya comprenderéis que un hormiguero tan favorecido debía trabajar más que los otros hormigueros en meter dentro todo lo que había cerca, para luego, en el invierno, poder pasarse el tiempo en casa, sin salir de la estufa. Todas las hormigas eran pocas para la tarea, y trabajaban constantemente, ayudándose unas a otras en los momentos difíciles.

Sólo aquella hormiga, que llamaremos Paquita, era la que se negaba a tomar parte en los trabajos de sus compañeras y se quedaba en casa o, si hacía buen sol, salía a tumbarse fuera.

Inútiles eran las reprimendas y las amenazas. Paquita se negaba a transportar el más mínimo grano de trigo. Y no sólo esto, sino que tenía la poca vergüenza de burlarse de sus compañeras cuando las veía llegar, jadeantes y sudorosas, llevando alguna miga gigante. Hasta inventó una canción dirigida a sus activas compañeras, y que mi odio por la pereza me impide transcribirlas.

Básteos con saber que el estribillo era algo así como:

*Trabaja, hormiguita,
trabaja sin cesar,
que con lo que tú traigas
tengo yo que cenar.*

Comprenderéis que esto de cenar a costa del trabajo de los demás es el colmo de la holgazanería.

Las hormigas mayores, reunidas en consejo de familia, trataron de obligar a Paquita a trabajar por hambre, prohibiéndola sentarse a la mesa redonda.

Pero Paquita —¡me horrorizo de contarlos!— encontró la llave de la despensa y se daba los grandes festines con las provisiones reservadas para el invierno. Se trató de arrojarla del hormiguero, pero Paquita no se iba, o si la echaban se metía dentro de alguna miga de pan y sus compañeras la traían al hormiguero, a costa de muchas fatigas. Así, Paquita, se volvía a casa en coche, como ella decía.

Una tarde, su mamá, a quien la conducta de aquella hija hería en lo más profundo de su segunda bolita negra, dijo a Paquita:

—Paquita, ¿por qué no vienes a trabajar con nosotros? ¿No te da vergüenza estar sin hacer nada mientras tus padres y tus hermanas trabajan?

—No, mamá. Estoy mejor así, dentro de casa. Hace frío afuera. El invierno se acerca.

—No es invierno todavía, Paquita. Bien lo sabes. Es otoño, un otoño dorado y tranquilo. No hace frío ninguno.

—Sí, pero caen muchas hojas de los árboles y hacen daño.

—Pero saben a galleta. Anda, ven.

—No voy, no voy.

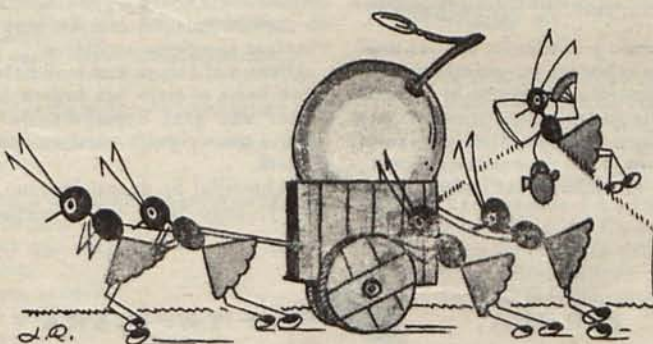
Su mamá se marchó llorando y Paquita se quedó en el hormiguero tumbada en un sofá. Todos los demás se habían ido a trabajar.

¿Sabéis lo que pasó, y cómo la holgazana Paquita fue castigada?

Pues que el río se desbordó, con las primeras nieves de la sierra, y el agua llenó la pradera y entró por el hormiguero, donde Paquita estuvo a punto de ahogarse. ¡Menudo susto se llevó la holgazana Paquita! Gracias a que pudo salvarse agarrada a una cáscara de piñón, que le sirvió de lancha.

Después de este susto, la hormiga ociosa se arrepintió de su pereza y acabó siendo la más trabajadora del hormiguero.

¡Aprended, niños holgazanes!



Muñecas Pagés

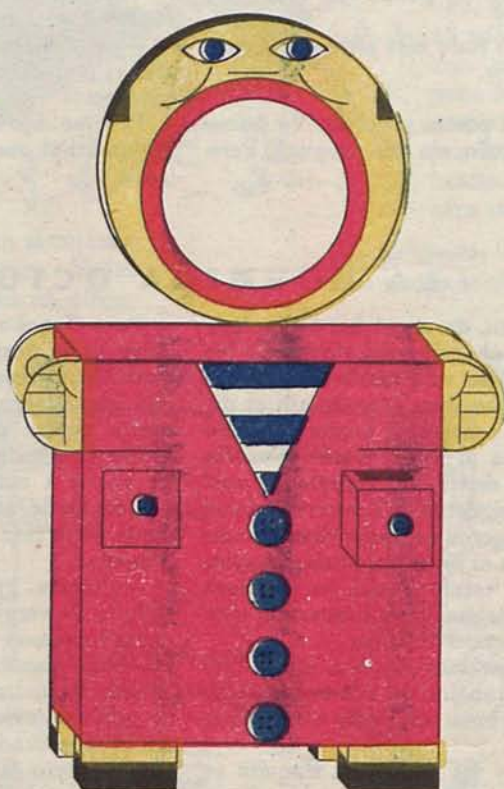
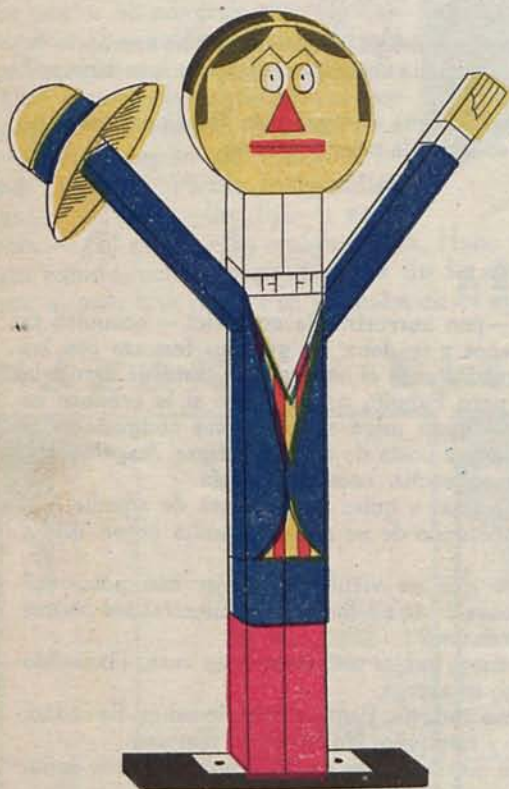
Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelignos 6 Y 8 (centro suelo) Madrid



SECCIÓN PIRULA



PIRULA, MUEBLISTA

Me gustaría que al entrar en vuestro cuarto, amueblado según mis indicaciones, os diera ganas de reír con sólo mirar los muebles, y que el permanecer en él os mantuviera en constante buen humor. Vamos a ver si he acertado.

Ved este muñeco vestido de rojo, gordo y cuadrado, con las manos como las de un quinto, con guantes y la boca tan abierta que no parece sino que, en su asombro, está dispuesto a tragarse el mundo.

¡Es una mesa tocador! Los bolsillos de su traje son los cajoncitos en los cuales guardaréis vuestros peines, cepillos, tijeras y limas de las uñas y demás utensilios de aseo. Y en la enorme boca, un espejo redondo os enviará la más graciosa de las imágenes; la vuestra.

El segundo muñeco es un taburete que consta de cuatro lados completamente iguales; en todos aparece pintado el mismo muñeco, cómicamente triston; y sentados sobre su gorro, que es, en realidad, un mullido asiento, estaréis muy a gusto para estudiar y escribir vuestros ejercicios escolares.

¿Pues y el tercer muñeco? Éste no está ni estupefacto ni triston; eleva hacia el cielo sus brazos larguiruchos... ¿Sin duda para expresar una gran desesperación? ¡Quiá! Para daros amablemente lugar a que colguéis vuestros sombreros y abrigos en sus manos de madera.

¡Pobrecillo! Se da mucho tono con su corbata blanca y su chaqué azul, y, luego, total, ¡es un perchero!

PIRULA,

TAPICERA

Me alegro que os haya gustado el almohadón que os presenté hace poco, y ahí va otro muy sencillo de hacer con telas recortadas.

(Por supuesto, a los cojines les pasa lo que a los bombones: cuanto más, mejor. ¡Uyl, ¡si me oyeran las mamás!)

Este almohadón es el retrato de un tal don Pancraccio, un señor voluminoso, que vuelve a su casa después de haber bebido más de lo que debiera.

Por eso trae el sombrero ladeado, ocultándole



un ojo, y la mirada del otro refulege cual un diamante.

Para dar esta impresión basta con bordar alrededor del ojo unas puntadas; no es absolutamente necesario colocar un brillante auténtico, ¿eh?

Os aconsejo que hagáis en seguida este almohadón, y ya vereis cómo llama la atención de todos los que lo vean.

¡Palabra de Pirula!



EL TEATRO DE PINOCHO

EL PRÍNCIPE NO QUIERE SER NIÑO

COMEDIA REPRESENTABLE

POR A. ROBLES

El Salón del Trono, en el Reino luminoso de la Peonza de Oro, está lujosamente engalanado.

Nada tan sencillo como engalanar el Salón del Trono del Rey Pepón V, de la Peonza de Oro. No hay más que poner de extremo a extremo del techo, y en diagonal, infinidad de cadenetas hechas con serpentina. ¡Muchas cadenetas de serpentina!

Eso hace un efecto de lujo y de riqueza muy teatral. Y ya sabéis que el lujo siempre es como si se tratara de una escena de teatro.

El trono también es muy sencillo de poner. Cogéis una alfombra del despacho de papá y la colgáis en una de las paredes laterales del escenario. Resultará como un regio tapiz de los que se admiran en los grandes Palacios del mundo.

Pegado a ello ponéis el sillón más grande de la casa, y lo cubris con otra alfombra que tenga muchos colorines y que arrastre hasta el suelo. Eso tiene que hacer un efecto precioso; no me lo neguéis.

Para que el Rey ponga los pies —porque estoy viendo que el que haga de Pepón V no va a llegar con sus pies al suelo ni aunque le cuelguen pesas— se le ponen tres o cuatro almohadones, y así no resultan desairadas las piernas y el efecto es más regio.

A su derecha ponéis una sillita pequeña de niña o, mejor, la banqueta del piano, si tenéis. Y para que no resulte fea, la echáis encima una telita cualquiera que tenga también tonos vivos.

Eso va a ser el asiento del Príncipe heredero, llamado el Príncipe Chonón.

Hay que poner algunas sillitas más, todas con telas o almohadones, y por el suelo todas las alfombras de la casa.

Yo os dejo elegir los trajes entre las cosas raras que encontréis por el ropero. Sin embargo, me gustaría que el rey llevara un manto largo, de alguna colcha azul, o encarnada, o verde.

También Pepón V debe pegarse una magnífica barba de algodón, aunque sea sin bigote, ya que éste es muy molesto de sostener.

Y desde luego debe ponerse un cucurucho larguísimo en la cabeza, con algunos adornos del sobrante de la cadeneta. ¡Ah! también debe llevar en la mano el cetro, que puede ser una plegadera plateada o dorada, de la mesa del despacho.

El Príncipe, que lleve medias y un traje de colores. Traje de cuento; pero nada de cucurucho. Eso es para los viejos.

Allevantarse el telón, nadie en la escena. Sólo las alfombras y las sillitas.

Suena de pronto un clarín, o una corneta, o un embudo, o una marcha en el piano, y se abre la puerta.

Y los primeros en salir son dos guardias iguales, con lanzas de palo engalanadas con cintas alegres.

Se ponen a los lados de la puerta, inclinan las cabezas y entran el Rey Pepón V y detrás el Príncipe Chonón.

CHONÓN. Volviéndose a los guardias. Bueno, a ver cómo lo hacéis hoy ¿eh?

GUARDIA. Alteza, lo mejor que podamos.

CHONÓN. Cuando pasen las Princesas más elegantes saludáis hasta dar con la cabeza en el suelo.

GUARD. ¿Y si nos hacemos chichones, señor?

CHONÓN. Mejor. Cuanto más grande sean los chichones, es que habréis saludado con más respeto.

GUARD. Pues por mí, vaya tranquilo. Que si vienen muchas a ver si se casan con vos, voy a acabar con la cabeza como un melón larguirucho.

CHONÓN. Así me gusta. Me gusta el respeto y el melón.

El Rey y el Príncipe toman asiento en sus respectivos sitios. Y entonces da con los nudillos en la puerta Kiriki, criado de Palacio, que debiera llevar medias coloradas y frac verde.

KIRIKI. ¿Da Vuestra Majestad licencia?

REY. Pasa, Kirikito.

KIRIKI. Señor, está ahí el sombrerero.

REY. Ya era hora. Creí que iba a plantarse aquí a la hora de la fiesta. Que pase. Kiriki se va.

CHONÓN. Bueno, papá. A mí no me importa que el sombrero te esté pequeño y te estruje los sesos o te esté tan grande que haya que hacerte unos agujeros para que puedas ver...

REY. Entonces, ¿qué te importa?

CHONÓN. Que sea lujoso cuando entren todas las Princesas que quieren casarse conmigo.

REY. Compraré el cucurucho más caro para estar elegante.

Entra el sombrerero de Su Majestad, con un traje muy raro, bigotito pintado y la cara muy cursilina. Saluda al Rey, y luego al Príncipe, con mucha reverencia.

SOMBRERERO. Señor... Señorito... Digo, Alteza, que me he equivocado.

REY. Maestro, a lo que vamos. ¿Trae muchos chapirós...?

SOMBR. Señor. Reverencia. Con permiso. Se va hacia la puerta y grita: ¡Paso a los chapirós...!

Entrán dos criados chiquitines, llevando entre los dos una columna de cucuruchos colocados como los barquillos y atravesados por las puntas por un palo.

REY. Quiero uno de más lujo que el que llevo puesto.

SOMBR. ¡Oh, señor! Reverencia. El sombrerero no ha de deslucir la fiesta. Si no le gustan éstos, tengo aún más de

80.000 cucuruchos secándose al sol en las antenas de la Radiotelefonía de toda la ciudad.

REY. Que me traigan un espejo.

Uno de los criados lo saca del bolsillo y se pone delante del Rey para que se mire en el espejo. El sombrerero va sacando chapirós y se los va poniendo al Rey con muchos gestos exagerados. El otro criado le ayuda.

SOMBR. Veamos éste. Le sienta a Vuestra Majestad divinamente. Parece uno del Ku-kus-klan...

REY. Sí; pero me hace daño de aquí.

SOMBR. ¡Oh, señor! Reverencia. Probemos éste... Está Vuestra Majestad con él lindo como un Astrónomo de cuento.

(Continuará en el número próximo.)



APARATOS Y DISCOS

Cineon

A PLAZOS

Preciados 1
Peligros 14

Y AL CONTADO

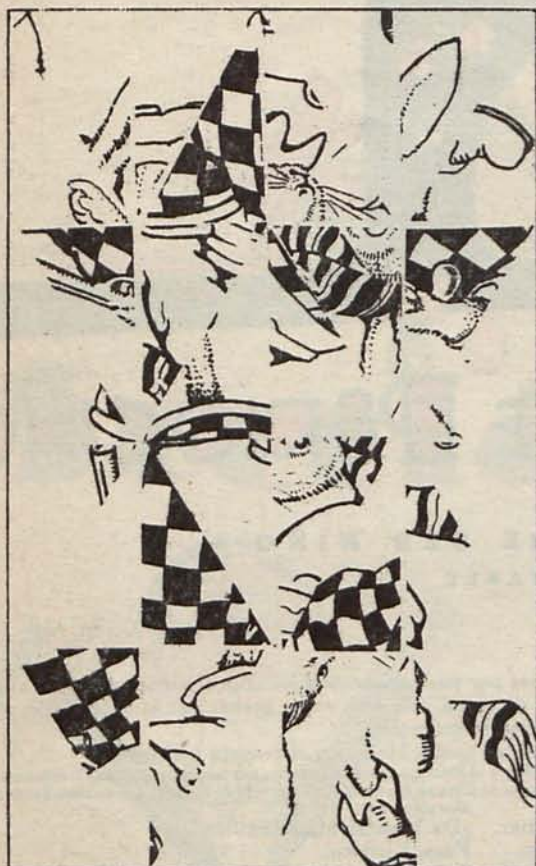
Madrid



Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS

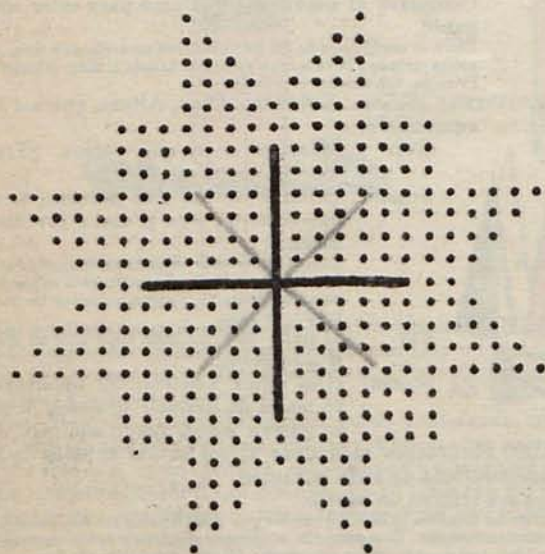
ROMPECABEZAS



¡Vaya un líol! ¡Cualquiera adivina lo que es esto! Y, sin embargo, recortando este dibujo en pequeños triángulos y combinándolos convenientemente, veréis que resulta un gracioso personaje.

Espero que me mandéis la solución.

LA ESTRELLA



He aquí una estrella de doce puntas que ganó en la guerra un bizarro militar. En un nuevo acto heroico volvió a ganar otra estrella de ocho puntas; mas para poder usarla le obligaron a que la trazara dentro de la que ya tenía, de manera que no tocara ningún punto de la línea exterior y debiendo dejar la cruz en el centro.

¿Por qué puntos trazó la nueva estrella de ocho puntas?

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 10

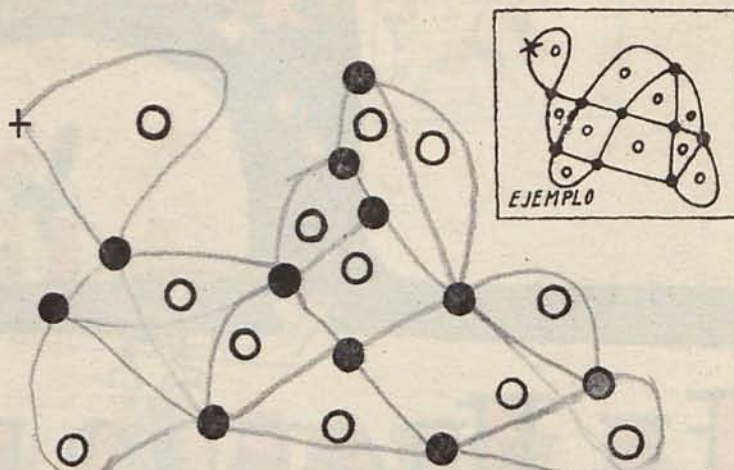
♦ ♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

“Concursos PINOCHO”

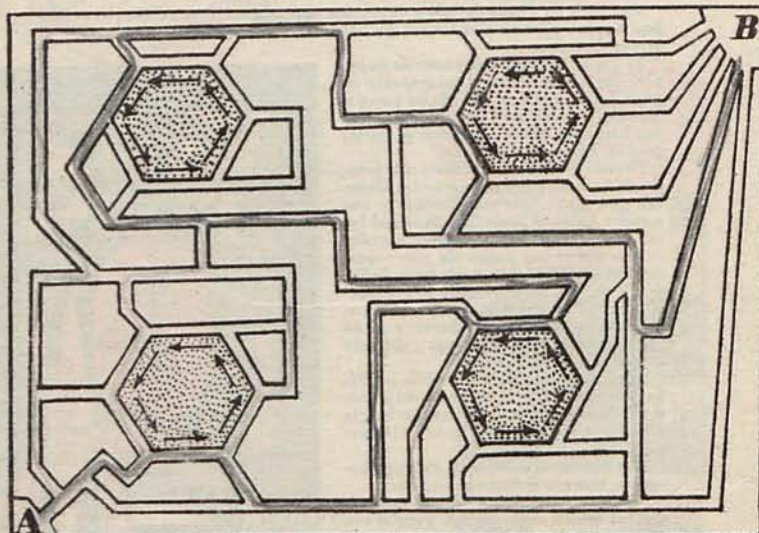
Ayuntamiento de Madrid

PASATIEMPO



Desde el sitio marcado con la cruz debe partir una línea y volver al punto de partida, trazando un circuito que, al entrecruzarse, debe formar cierto número de departamentos, en cada uno de los cuales debe quedar encerrado un circulito blanco. En cambio, cada circulito negro debe servir de intersección a la línea que forma el circuito. Para mayor claridad damos en pequeño un modelo que sirve de ejemplo. Por lo tanto, arregláoslas de manera que consigáis trazar una línea del mismo género que la del modelo y que, cortándose a sí misma en cada circulito negro y dejando encerrados separadamente todos los circulitos blancos, parta, como hemos dicho, del punto marcado con la cruz y vuelva al mismo.

EL CAMINO



Se trata de ir desde la entrada A a la salida B, utilizando los caminos trazados. En el trayecto es obligatorio bordear uno de los lados (un lado solo) de los cuatro exágonos marcados en gris. Además, dicho lado deberá ser seguido en la dirección indicada por la flecha correspondiente.

LA SECCIÓN QUE PREFIERO

Todos sois lectores entusiastas de PINOCHO.

Ahora bien: yo, para responder a ese entusiasmo, sólo pienso en agradaros cada vez más. Por eso quiero que me digáis qué sección del periódico es la que más os gusta y cuál es la que os gusta menos. Y para darme idea perfecta de vuestra preferencia me vais a contestar en la forma siguiente:

—«La sección que más me gusta es.....»

Y así vais enumerando, por orden, las que preferís, dejando para la última, naturalmente, la que os guste menos.

Los que coincidan en mayor número con el orden de preferencia tendrán opción a los premios de esta serie de concursos.

A NUESTROS CONCURSANTES

No olvidéis que el plazo de admisión para las soluciones de la primera serie de concursos, comprendidos en los números 1, 2, 3 y 4 del periódico, termina el día 1 del próximo mayo, y que el plazo de admisión para las soluciones de la segunda serie, comprendida en los números 5, 6, 7 y 8, termina el día 1 de junio.

Después procederemos al reparto de premios entre los concursantes.

CUPÓN 10

♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

COLABORACION INFANTIL



De su casa Nicanora echa a la perra Fedora

Vió un hombre repantingado en una hamaca acostado.

Ve por la noche una red arrimada a la pared.

Mete la red en la estaca y se construye una hamaca.

Fedora de esta manera ya no duerme en la escalera.
F. AGÜERA CENARRO.
Quince años. Madrid.



—¡Hola, chico! ¿Qué te trae por aquí?
—El tranvía, hombre; el tranvía.
SIDRO ARCOS.
Doce años. Madrid.



—¿Quién de vosotras es hija de María?
—Una servidora.
—Tú, tan pequeña, eres hija de María.
—Sí, señora; de María Fernández.
CARMEN BLOD.
Doce años. Madrid.



—Señor cura, he pecado gravemente.
—Diga, hija; diga.
—No pude resistir a la tentación de mirarme en un espejo y me encontré hermosa.
—Anda con Dios, hija. El equivocarse no es pecado.
JOSÉ ALBA.
Catorce años. Madrid.

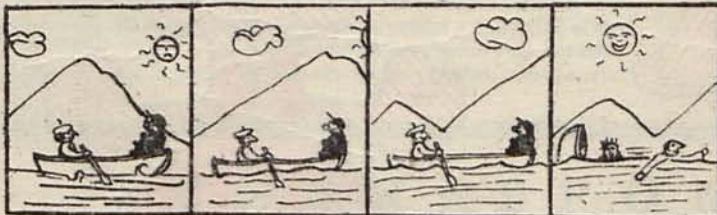


Pinocho, insensato; Pinocho, infeliz.
No serás valiente si es que no defiendes tu semanario infantil.
JOSEFINA ABEL.
Once años. Madrid.



—¿Qué hace usted por aquí?
—Buscando una fuente.
—¿Pues y esa que tiene usted detrás...?
—No; si la que yo busco es de chuletas.
LUIS GARCÍA MARCO.
Nueve años. Madrid.

El reloj aplicado al hombre.

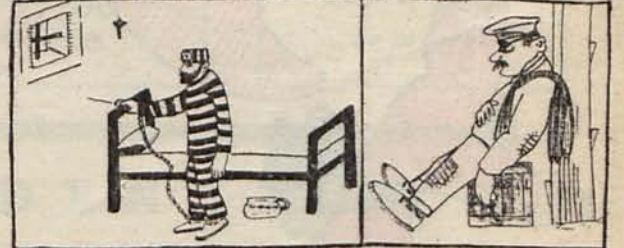


—¿Sabe usted el Credo?
—No, padre.
—Pues está usted en pecado.

—¿Y el Padrenuestro?
—No, padre.
—Está usted en pecado mortal.

—¿Y la Salve?
—¡Uf! Está usted en peligro de morir.

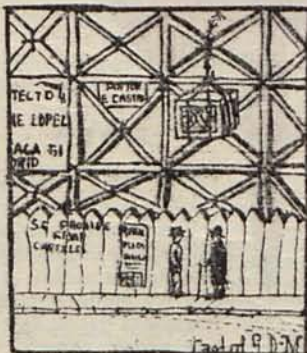
—Sabe usted nadar?
—No, hijo mío...
—Pues está usted en peligro de ahogarse.
CARLOS C. DÍEZ.
Madrid.



Reloj con cadena.

Reloj parado y con toda la cuerda.

Madrid.



El joven.—¿De paseo... eh...?
El anciano.—Sí; pero le prevengo que no pienso llegar muy lejos.

CARLOS G. DE M.
Madrid.

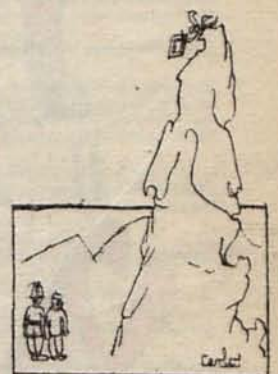
A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.

Desde el número próximo inauguraremos una sección de «Correspondencia», donde contestaremos a vuestras preguntas.



¡Y luego dicen que están los marcos bajos!

C. GARCÍA DÍEZ.
Madrid.

Autopianos
"MELODIA"-
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo



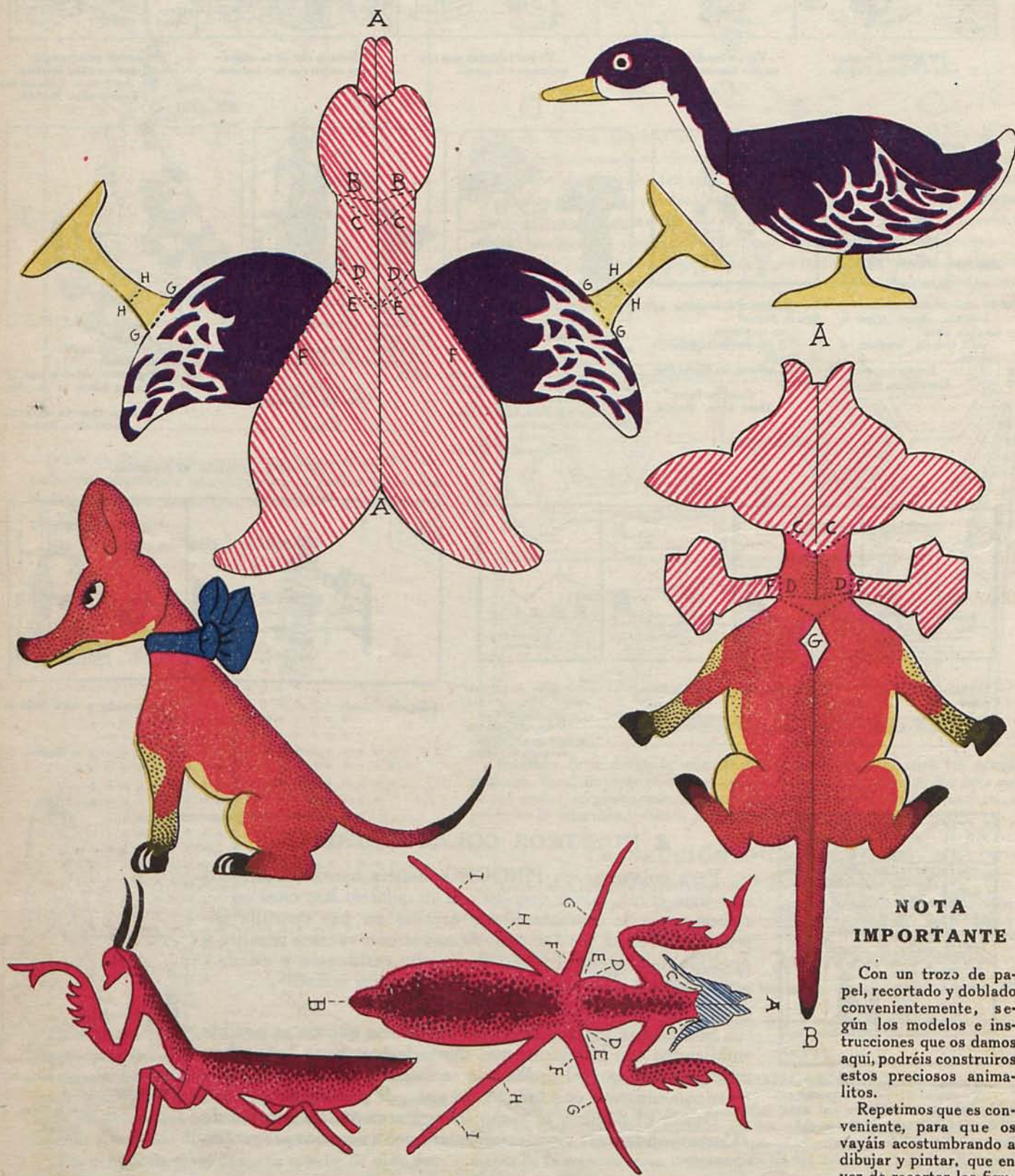
Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.
Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirs estos preciosos animalitos.

Repetimos que es conveniente, para que os vayáis acostumbrando a dibujar y pintar, que en vez de recortar las figuras del periódico las calquéis sobre una cartulina muy flexible o papel grueso. Así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta llegar a la perfección. Después de recortada y doblada la figura, la pintaréis como el modelo.

INSTRUCCIONES

Pato.—Recórtese por la línea exterior. Dóblense las líneas A, C, D y H hacia adentro y las líneas B, E, F y G hacia afuera. Péguense un lado con otro la parte rayada con líneas rojas.

Perro.—Recórtese por la línea exterior y el cuadrado G. Dóblense las líneas B, C y E hacia afuera y las líneas A, D y F hacia adentro. Péguense, un lado con otro, las partes rayadas con líneas rojas.

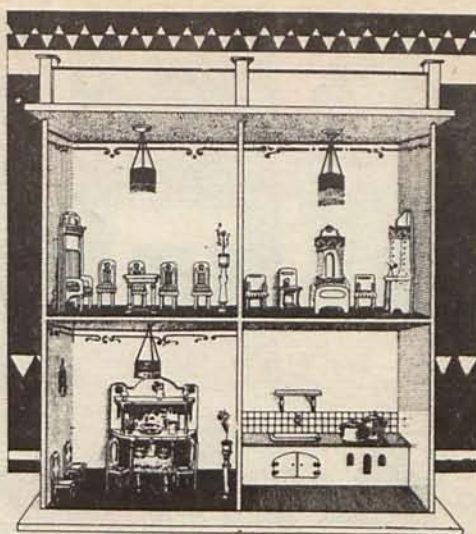
Caballo del Diablo.—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por las líneas A, D, F y H hacia adentro y las líneas B, E, G e I hacia afuera. Péguense, un lado con otro, las partes rayadas con líneas azules.



Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Seis preciosas muñecas.



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso suscribirse a PINOCHO por un año antes, del día 31 de mayo.

Y todos los suscriptores de PINOCHO por un año recibirán un boletín con cincuenta números para el sorteo. Los que se hayan suscritos por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscriptores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscriptores por un año tendrán derecho a recibir gratis tres tomos, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha y los detalles del sorteo se anunciarán oportunamente.

Cupón para el sorteo
de regalos.

Cupón para
cuentos.

CORRESPONDENCIA

Pinocho ha recibido vuestras simpáticas cartas. ¡Oh, no sabéis lo contento que está Pinocho y lo que goza, día tras día, viendo y repasando vuestros trabajos! Pero Pinocho, amigos míos, no puede contestar a todos de una vez, como sería su deseo, y por ello os ruega paciencia para esperar con calma las respuestas. Poco a poco Pinocho contestará en esta página, muy cariñosamente, alentando a todos los inteligentes lectores que le honran con una colaboración tan agradable y varia como interesante. Tanto trabajo tiene Pinocho, que no podrá contestar a vuestras cartas, haciendo infinitos esfuerzos, hasta un mes después de recibidas. Sí, simpáticos lectores, vuestra correspondencia será contestada; pero tendréis que esperar un mes. Así lo hemos calculado, contando con el enorme trabajo que tiene Pinocho y contando también con la celeridad con que se aprestará a satisfacer vuestros deseos, que son los suyos.

Conchita Malmó. (Reus (?)).—Pinocho ha mirado y remirado tu dibujo. Le ha gustado. Le ha parecido muy bien, admirable, casi perfecto, y te lo publicará.

María Luisa Benayas y Manuel Cocho. (Madrid).—María Luisa: Eres una chiquilla muy lista. Tu dibujo es muy bonito; está muy bien hecho. Manuel: Tu chiste tiene gracia. Ambas cosas serán publicadas.

Maricinita Chavero. (San Sebastián).—Publicaremos la iglesia donde oyes misa si no hubiera llegado emborronada. La torre está manchada completamente. Y lo sentimos mucho, Maricinita. Y esperamos otra cosa nueva, amiga nuestra; y la publicaremos, siempre que llegue a nuestras manos sin borrón de ninguna clase.

Miguel Cañas. (Córdoba).—Encantados con tus dibujos y tus chistes. Eres un gran artista. Cuando le llegue su turno a tu trabajo, verá éste la luz y las estrellas.

Enrique Cañas. (Córdoba).—Te digo lo mismo que a tu hermanito Miguel. Tus bonitos dibujos y tus buenos chistes, por ser muy buenos, serán publicados en PINOCHO.

Manuel Flórez Sabero. (León).—¡Cuánto se ha alegrado Pinocho, querido Manuel, al verse retratado por tu mano! Tan exacto le ha parecido el parecido, que publica a tu dibujo. Eres un buen amigo, Manolito.

Luisa Alvarez Esquerdo. (Madrid).—Y tú, Luisita, eres también una buena amiga. Pinocho se alegra mucho cuando pasea en bicicleta, y la que tú bondadosamente le regalas, le parece a Pinocho, que entiende mucho de estas cosas, de una marca excelente. Tu dibujo se publicará.

José Angel Balbas. (Madrid).—Estamos deseosos de recibir otro nuevo trabajo tuyo, ya que no nos cabe duda de que acertarás, con tu gran talento, a mandarnos algo más interesante, mucho mejor que lo que hoy recibimos de ti. Procura la brevedad y el interés. Tú eres listo y sabes qué cosas desea Pinocho.

Enrique Martínez. (Madrid).—Tu casita de campo, los árboles que la rodean... Todo ello es muy bonito, y se publicará. Para que coma a su gusto, dejáremos el borriquito, tal como tú lo has pintado, al pie de la encina. Así, al publicarse tu dibujo, el animalito estará muy gordo. Te costará trabajo reconocerlo, sin duda.

Alejandro Bloud. (Madrid).—Te reconozco gracia e ingenio. Tus chistes están bien. Se publicarán a su hora. ¿Complacido?

Rita Sílro. (Madrid).—¡Cuántos balcones y ventanas tiene la casa donde pasas el verano, amiga Rita! Y tu muñeca, ¡qué moño tan bonito tiene! Todo ha gustado mucho a Pinocho, que se ha comprometido a publicarte los dibujos.

Alfredo Belaño García. (Madrid).—Aunque tu chiste está un poco gastado por el uso, como el dibujito está bien, publicaremos lo que nos mandas.

Manuel Muñoz García. (Madrid).—Procura remitirnos otra cosita más interesante. Aquí te esperamos con mucho gusto, seguros de que nos mandarás otro cuento que sea del gusto de tu buen amigo Pinocho. Animate. Manolito.

Isidro Arcos. (Madrid).—Tu dibujo está bien, perfectamente bien; pero tu chiste... Procura hacerlos más oportunos. Estamos deseosos de que colabores en la revista. Quedamos esperando.

Julio Moncayo. (Zaragoza).—Tus versos son muy bonitos. Pero desearíamos que nos mandarás otros más cuidados, mejor medidos. Creemos que los puedes hacer como tú debes hacerlos, y en esa esperanza vive Pinocho esperándote.

Rafael Verde y Pérez Galdós. (Madrid).—Tu dibujo me parece muy bien. Será publicado, con harta alegría de todos nosotros.

Carmen Muñoz Montoro. (Madrid).—Pirula se ha reído mucho con tu graciosa historietta y con tus bonitos dibujos. Pinocho te felicita cordialmente y te desea para lo sucesivo el mismo tino, la misma inspiración. Eres una niña que merece colaborar en nuestra revista. Tus dibujos, en llegando a su hora, serán publicados. Mil felicidades, Carmencita.

Manolo Azorín Ponch. (Madrid).—La tremenda batalla que nos presenta tu dibujo, tan lleno éste de elefantes, tigres y guerreros, es de una sensación formidable. Todo ello nos gusta. Pinocho ordena que se publique, y yo, admirable Manolo, obedezco a Pinocho.

Angelita Soler Jordá. (Alicante).—Me gusta tu dibujo, Angelita. Me gusta el caballo y el caballero. Ambos, caballero y caballo, quedan admitidos para ser publicados en la revista. Alégrate.

Federico Dupierier. (Madrid).—Nos agrada tu cuento; pero deseamos de ti, ya que podrás hacerlo, otro cuento más interesante, con más trama. Me permito aconsejarte de esta forma, buen Federico, porque confío muchísimo en tu talento. Pinocho te espera.

María Pilar Villar. (Valladolid).—Tu cuento es muy bonito. Una verdadera maravilla. Lo publicaremos con gran contento de tu amigo Pinocho, que tiene el honor de felicitarte. También Pirula en esta ocasión te da la enhorabuena.

Luis Sánchez. (Madrid).—Esperamos otras nuevas aventuras. Este gato arisco que le envías a Pinocho, acabamos de encerrarlo en una habitación pequeña. Manda otro trabajo, como tú puedes hacerlo, bueno, y lo publicaremos en la revista. Así quedaremos satisfechísimos.

José Luis Herrero. (Madrid).—Publicaremos uno de tus dibujos. Los demás, aunque buenos, quedan desmejorados por los chistes. Procura hacer éstos a la altura de las figuras. ¿Comprendido?

Juan Prexinet. (Melilla).—Tus chistes, aunque tienen gracia, no nos parecen oportunos. Procura hacerlos más a propósito. No te falta ingenio para ello. Estoy seguro de que los podrás hacer mejores.

María del Carmen Elizalde. (San Sebastián).—Pinocho y Pirula están deseosos de publicar tus trabajos. Para ello mandanos otro cuento. Tú podrás complacer a tus amigos, que andan deseosos de verte en la revista.

Pilar Martín Formosa. (Madrid).—Otra vez será simpática Pilar. Confío en tu ingenio. Remitenos otros nuevos dibujos y chistes. Nos alegraremos.

Félix Martínez. (Madrid).—Te ruego que los dibujos no los mandes en colores. Es preciso hacerlos con tinta china. No olvides el encargo.

Alvaro Linares-Rivas. (Toledo).—Eres un gran poeta. Pinocho te agradece tus versos, que son muy bonitos. Pero esperamos que nos remitirás otros versos más bonitos todavía. Te felicitamos efusivamente y quedamos ansiosos, deseosos de una nueva composición poética, digna de ti.

Ignacio Martín. (Madrid).—Muy bien. Ese cuento está muy bien. Se publicará, amigo Ignacio. Y tendrás un gran éxito.

MADRID-PARIS

GRANDES ALMACENES

